

NOTAS PARA UNA ETICA PROFESIONAL DEL PROFESOR UNIVERSITARIO

Por Ruth Fortuño de Calzada
Directora y Decana
Colegio Universitario Tecnológico de Ponce

A. Introducción

El tema que voy a comentar ante ustedes es difícil y espinoso. Entre otras razones, porque se trata de una realidad que exige una verdadera solvencia académica en materias de ética, de antropología, de sociología política y de educación. Para desgracia mía y suya, yo no poseo esas preparaciones. Por lo tanto, no podré sorprenderlos con ideas sutiles y deslumbrantes, antes bien, mi exposición se ceñirá a los dictados de la experiencia pedagógica y de la cultura común. Tal vez, entre estos dictados, se filtre alguna luz ilustradora. Con eso me conformo.

B. Aclaración de términos

Comenzaré, como es obvio, con una aclaración de términos. Sólo hay dos que merecen aclararse: el de profesión y el de ética. Los abordo, pues,

1. Profesión

El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (1970) deriva este vocablo del verbo profesar, en cuanto

significa el ejercicio de una ciencia, arte u oficio en el que uno emplea públicamente. Es un concepto que a nivel lingüístico, como el que ofrece el profesionalismo - al que define como utilización o cultivo de ciertas disciplinas en función de lucro - puede tolerarse, pero que desde una perspectiva humanista - antropológica y psicológico-ética - defrauda, ya que no expresa su realidad más íntima. Desde esta perspectiva la profesión se concibe, más bien, como una ocupación habitual que se realiza de modo racional y ordenado, por vocación propia y como medio de subsistencia, para servicio de los demás.

De estos cinco elementos (ocupación, racionalidad, medio de subsistencia, vocación y servicio), los más significativos para esta ponencia, me parecen los dos últimos: el concepto de vocación y el de servicio. Los explicaré también:

a. Vocación

La describo como la savia que vivifica toda profesión. Sin ella, el trabajo del ser humano, al que algunos antropólogos han definido como "homo faber", es decir, como un ser industrial y fabricante, se convierte en tortura penosa y, muy probablemente, penalizadora. Esto es: sin vocación, el trabajo genera malestar, desequilibrio, mal humor, amargura, tensiones, ironía...

Una profesión para la que uno no se siente llamado

desde lo más hondo de sí mismo es una profesión bastarda, ilegítima, degenerada. Quien la profese sufrirá toda su vida, porque la intrahistoria de cada ser humano la constituye, en gran medida, su profesión. Sufrirá y hará también sufrir porque, inevitablemente, su condición de frustrado, se proyectará de algún modo en el ejercicio de la misma. Le faltará, desde luego, el entusiasmo que fecunda y que redime.

b. Servicio

El segundo elemento que deseo resaltar es el de servicio, que representa la dimensión altruista de toda profesión. Clasificaría a éstas, tomando como parámetro la definición clásica de hombre como "animal racional", en dos agrupaciones: Las profesiones que se refieren a la vida corpórea y las que atienden a lo específicamente humano, como es la razón y el espíritu. Unas y otras indisoluble y substancialmente unidas, como dicen que lo están el cuerpo y el alma.

En el fondo, la finalidad de toda profesión no es otra que la de acondicionar el mundo para una existencia más humana; es decir, la de hacerlo más

habitable y vividero. Un poeta francés lo formuló magistralmente cuando dijo que toda la historia de la cultura y de la civilización no consiste más que en borrar las huellas del pecado original para recuperar y reconstruir el paraíso. Esta imagen del paraíso se ha convertido en el paradigma de todas las utopías, tanto las de evasión-orientadas hacia el pasado-, como las de contrucción o de futuro. Pues bien, atendiendo a estas últimas, diré que la dignidad de una profesión radica en la calidad del servicio que rinde y en la significación del vacío que colma, pero también, y muy profundamente, en la responsabilidad de futuro que implica. A este respecto, cabe señalarse, como un hecho evidenciado, que el hombre de hoy desea participar en la creación de su mundo. La conciencia de que éste será lo que haga de él, es decir, la conciencia del "homo faber"-manipulador, transformador y recreador-, se ha impuesto sobre la del "homo sapiens", que simplemente analiza e interpreta. En este afán, sin embargo, le acecha un riesgo: el de convertirlo en un mundo inauténtico, accesorio y enajenante. Es su gran riesgo. Bien que lo transforme en una especie de "laboratorio" "desencantado", pero sin que ello implique ninguna merma en el peso del amor, como ya lo dijo San Agustín y en nuestros días lo recordó Martin Hidergger: "Es amor el peso del ser". Muy bella fórmula. Pues, lo

que realmente edifica y construye el mundo, no son sus leyes jurídicas o económicas, sino el amor que las impregna. En última instancia, la dignidad del servicio se funda en su valor humano: en el humanismo que genera. Ahora bien, lo servicial en la profesión puede ser todo: relaciones, actitudes, normas, derechos y lo profesional, también.

2. Etica

Respecto al concepto de ética, quiero situarme en la línea del pensar del gran psicólogo Fromm, recientemente desaparecido. Este, en su libro titulado Etica y psicoanálisis*, distingue dos clases de conciencia: la que llama "conciencia autoritaria" y la que domina "conciencia humanista". La primera, a la que califica también de dogmática, es de origen exógeno; es decir, emerge como consecuencia de las presiones externas, en contraposición a lo humanista que emana de las profundidades de nuestro yo, como la voz con que nos llamamos a nosotros mismos, como nuestra corte suprema.

Quien se deje guiar por la sola conciencia autoritaria, sigue pensando Fromm, propenderá hacia la autodefensa, hacia la justificación. Se hallará tan ocupado de sí mismo que podrá perder de vista su dimensión comunitaria. Quien no escuche la voz íntima

de su yo será un enajenado, un subdesarrollado como persona. Para Fromm, la conciencia humanista es la conciencia del deber inventado, del progreso y, de la autorealización creadora: es decir, una conciencia de no sólo conocimiento, sino de reacción afectiva, cuyo objeto es la productividad. Es la conciencia que nos reconcilia con nosotros mismos "para vivir productivamente, para evolucionar con plenitud y armonía, es decir, para que lleguemos a ser lo que somos potencialmente".*

Es desde esta perspectiva de la conciencia humanista desde la que voy a emitir mis observaciones sobre la ética del profesor universitario y del docente en general.

3. Exposición

Y formulo ya mi primer y único juicio:

El objeto inmediato de la ética de todo maestro es la verdad. En otras palabras: el maestro es, fundamentalmente, el impulsor de un derecho: el derecho a la verdad: a descubrirla, a reconocerla y a comunicarla.** Explico cada uno de estos términos

1. Descubrirla

Si dijera que la gran crisis de nuestro tiempo es la crisis de la inteligencia, no andarí­a sin duda muy desacertada. Crisis angustiosa que puede provocar el escepticismo, el agnosticismo

y el relativismo axiológico. Esto es: una amarga indiferencia. Lo que preocupa, por encima de todo, en la profundidad de muchos espíritus, es el sentido o la verdad de sus vidas: su "qué", su "por qué" y su "para qué". Su ignorancia puede originar hondo sufrimiento. Rubén Darío lo expresó desgarradora y dramáticamente en el mejor, acaso, de sus poemas; titulado: "Lo fatal", de Cantos de vida y esperanza (19

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido, un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida, y por la sombra, y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos.
Y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber a dónde vamos,
ni de dónde venimos!"

Junto a la verdad metafísica de nuestro destino, hay también otras verdades que nos preocupan: la psicosociológica de nuestras relaciones y la científica de nuestro mundo.

Pues bien, la ética del investigador consiste en que proceda por sólo amor a la verdad, sin prejuicios, sin intereses ajenos a la misma, sin nada que malicie la raíz de su actividad indagadora. La adquisición de una verdad, resulte triste o gozosa, es siempre un bien. Si el investigador respeta los

datos ciertos y es sincero en sus aportaciones, sin dar por cierto lo que sólo es opinable, ni por falso lo que sólo es improbable - falacias en las que se suele incurrir -, su actitud es auténticamente profesional y humana. Pero no se limita a este punto la ética del investigador. Señalo dos más. Dentro de su canon de conducta debe contar también con los derechos de otros investigadores, lo cual significa no usurpar sus hallazgos - a veces se oyen quejas muy dolorosas en este sentido -, y no plagiar. Por otra parte, debe subordinar sus procedimientos a los principios morales establecidos, teniendo en cuenta, principalmente, que el fin no justifica los medios.

2. Reconocerla

Reconocer la verdad significa, fundamentalmente, aceptarla. La conciencia genuina no se limita a un simple reconocimiento especulativo; entraña también, la afectividad, el compromiso práctico. Por eso digo que el reconocer auténtico implica aceptación. Y la aceptación, en su grado más profundo o místico se traduce en ejemplificación de conducta. Esto, ciertamente, resulta con frecuencia muy difícil. Y es que las fuerzas que se oponen a este modo de reconocer son muchas: la malicia, el egoísmo, el ansia de

lucro, la inconsciencia, la mala política, las pasiones, la tergiversación, la intriga, la mentira... De esta última se ha dicho que da la vuelta al mundo antes de que la verdad acabe de vestirse. Correcto. Ustedes lo saben bien. La capacidad mafiosa de la inteligencia es muy notable. Pero se dan también los verdaderos reconocedores de la verdad. Estos son siempre los espíritus más liberados. En ellos se realiza el dicho de Jesús de Nazaret: "La verdad os hará libres." Por eso yo, parodiándolo, diría que libertad no es más que andar en verdad. Y, en este sentido, añadiría que la persona más verdadera es la más liberada y la más liberadora. Como alguien ha dicho, la verdad es siempre revolucionaria.

3. Comunicarla

La tarea específica del maestro es comunicar la verdad. Esta tarea exige competencia intelectual y preparación por parte de quien la comunica, cosas ambas que no siempre garantizan los títulos. Estos habilitan sólo teórica y jurídicamente, pero no en todos los casos de forma real y efectiva. Un profesor se convierte en auténtico profesional día tras día, mediante su entrega incondicional y generosa a la disciplina del estudio. La cicatería y escamoteo de éste, al igual que las ausencias injustificadas

en las aulas, son ruindades que no indican más que una cosa: la falta de conciencia humanista y de vocación. Y, puesta ya en el terreno de la ciencia humanista, añadiré algunas actitudes que, en relación o al margen de la docencia, me parece que incumben de un modo peculiarísimo a todo profesor. Estas son: la actitud de respeto al estudiante, la sinceridad y ayuda y la de inteligencia empática o simpatizante. Paso a explicar levemente cada una de ellas:

1. Actitud de respeto

Consiste en tratarlos de tal modo que no se lesione injustificadamente su sensibilidad, ni su conciencia, ni sus derechos (ni tampoco los derechos de sus padres, de quienes los maestros son delegados). La llamada "libertad de cátedra" tiene los mismos límites que la simple libertad, de la que se ha dicho que limita con las libertades de los otros. Recuerdo al respecto la mentalidad depredadora que, según confesión propia, le impulsaba a Nietzsche a escribir: deseaba que sus libros fueran redes con las que cazar a los espíritus inquietos. Si este cazar se entiende como un simple cautivar, como un hacer psicológicamente cautivos a los lectores o a los estudiantes, me parece muy bien. Pero

si lo que se intenta es imponerles su pareceres personales, sus ideologías; es decir, si lo que se intenta es suplantarlos, haciendo de cada uno de ellos otro "yo", se incurriría en una inmoralidad vergonzosa. Lo que el verdadero profesor debe procurar es que cada uno de ellos se encuentre a sí mismo y sea él mismo, único e insustituible.

2. Actitud de sinceridad y de ayuda

Casi diría, de paternidad; no de paternalismo. Esto es, por dos razones, particularmente: la primera, porque todo joven es, hasta cierto punto, un inadaptable social; inadaptable que se agrava cuando el grupo familiar se desmorona o los padres claudican de sus responsabilidades, fenómeno que ocurre con alguna frecuencia. La segunda razón es porque a la luz de la ética humanística, el profesor no se debe contentar con instruir, sino que ha de tender a educar, es decir, a dirigir un crecimiento, a formar. Y la formación es mucho más que información. La formación, propiamente, y no la técnica o las destrezas, es lo que constituye el genuino progreso del mundo. El título superior de todo ser humano es el de ser persona. Por eso, el profesor que se halle impregnado por la conciencia humanista,

estimulará la voluntad de los estudiantes, para que se responsabilicen de sí mismos, se autoeduchen, se recreen, confíen en sí mismos y orienten sus inteligencias hacia una filosofía de vida y hacia una personalidad constructivas y creadoras. Sólo así se hará factible que la necesidad imperiosa de autoafirmación que siente todo joven, se encauce positivamente, sin replegamientos y sin agresividad negativa.

3. Actitud de inteligencia empática

Entiendo por inteligencia empática o simpatizante una actitud intelectual en virtud de la cual su portador genera convivencia y armonía. La dificultad de trabajar juntos se experimenta a todos los niveles. Pero hay que superarla, si se quiere ser eficaz. Y para la eficacia, incluso la académica, nada tan positivo como una actitud intelectual de simpatía. El profesor ha de procurar crearla, porque contribuye al aprendizaje tanto o más que la misma claridad expositiva. Creo que fue Goethe quien afirmó que únicamente aprendemos de quienes amamos. Si ello es así, el factor simpatía, que no se riñe con la severidad y la disciplina, sino con las ironías fáciles, con

las humillaciones y con la mordacidad frustradora, debe revalorarse ética y pedagógicamente.

Concluyendo:

Lo que importa es que el profesor - ésta es su ética - propicie un clima de entusiasmo hacia la verdad en todas sus vertientes: hacia la verdad de cada uno y hacia la verdad de todos; hacia la científica y hacia la social; y, sobre todo, hacia la más profunda y existencial de nuestras vidas.

Cierro estas notas con dos citas: una, de Jesús de Nazaret, de quien la conciencia humanista no ha renunciado aún: "Yo soy la verdad". La otra, de un filántropo de nuestro tiempo, Raoul Follereau: "La única verdad es amarse"*** Claro que algunos en lugar de "amarse" entienden "armarse".

NOTAS

*Erich Fromm, Etica y psicoanálisis, México: Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1971.

*Erich Fromm, Op. cit., p.174.

**Sigo, en líneas muy generales, el esquema del Prof. Antonio Peinador, Tratado de moral profesional, p. 395-474.

***Raoul Follereau, La única verdad es amarse. Así reza el título de una obra en tres volúmenes que este filántropo francés publicó en la década del 60. En ella expone y desarrolla los lemas de sus campañas filantrópicas, ordenadas todas ellas a erradicar la miseria del hambre, de la lepra, del analfabetismo y de la guerra. Follereau no se contenta con señalar los males, sino que sugiere también sus remedios, si bien estos implican una visión distinta de la vida y del cristianismo, particularmente.

BIBLIOGRAFIA

- A. Peinador, Tratado de moral profesional, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1962.
- A. Royo Marín, Teología moral para seglares, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, tercera edición, 1974.
- Erich Fromm, Etica y psicoanálisis, Fondo de Cultura Económica, México, séptima edición, 1971.